Introducción: ¿Por qué las iglesias tradicionales tienen «límites»?

Uno de los aspectos que más sorprenden a quien entra en una iglesia antigua es descubrir que el altar no siempre estuvo completamente abierto al resto del templo. En muchas iglesias todavía permanecen la balaustrada del altar, los escalones del presbiterio, las rejas del coro, los canceles, los iconostasios en Oriente o incluso los antiguos velos litúrgicos que ocultaban determinados momentos de la celebración.

Para muchos ojos modernos, acostumbrados a identificar cualquier separación con una forma de discriminación o exclusión, estas estructuras parecen expresar una Iglesia distante, clerical o poco acogedora. Sin embargo, la realidad histórica, litúrgica y teológica es exactamente la contraria.

Estas barreras nunca nacieron para impedir el acceso a Dios. Nacieron para enseñar que Dios es infinitamente santo.

La arquitectura sagrada siempre ha sido una catequesis construida con piedra, madera, mármol y luz. Cada muro, cada escalón, cada cortina y cada espacio delimitado hablaban silenciosamente de una verdad espiritual: Dios está cercano, pero sigue siendo el Tres Veces Santo.

La desaparición de muchos de estos elementos durante el último siglo ha hecho que generaciones enteras hayan perdido una pedagogía visual que durante casi dos mil años ayudó a comprender el misterio de la Eucaristía.

Comprender el sentido del velo, de la balaustrada y del presbiterio no significa añorar un museo litúrgico. Significa redescubrir cómo la Iglesia siempre ha querido conducir al hombre desde lo cotidiano hacia lo eterno.

Dios siempre ha separado lo sagrado de lo

profano

Uno de los errores más frecuentes consiste en pensar que separar significa dividir.

Pero en la Biblia, separar significa consagrar.

La misma palabra «santo» implica precisamente algo separado para Dios.

Desde las primeras páginas del Génesis encontramos esta pedagogía divina.

Dios separa:

- la luz de las tinieblas;
- las aguas superiores de las inferiores;
- la tierra firme del mar;
- el sábado del resto de los días;
- Israel de las demás naciones;
- los sacerdotes del resto del pueblo;
- el Templo del resto de Jerusalén.

La separación nunca es desprecio.

Es consagración.

Como dice el Señor:

> *«Sed santos, porque Yo soy santo.»*
>
> *(Levítico 19,2)*

Toda la historia de la salvación está marcada por esta dinámica.

Lo santo no desaparece mezclándose con lo común.

Lo común es elevado hacia lo santo.

El Templo de Jerusalén: una inmensa catequesis arquitectónica

Para comprender nuestras iglesias debemos comenzar por el Templo de Jerusalén.

Nada en él era casual.

Había una progresión de espacios.

Primero estaba el atrio de los gentiles.

Después el atrio de las mujeres.

Luego el atrio de Israel.

Más adelante el atrio de los sacerdotes.

Después el Santo.

Y finalmente el Santo de los Santos.

Cada espacio representaba una aproximación creciente hacia la presencia divina.

No era un sistema de castas.

Era una representación visible del camino espiritual del hombre.

El Santo de los Santos estaba oculto tras un enorme velo.

Detrás de él descansaba el Arca de la Alianza.

Nadie podía entrar allí.

Sólo el Sumo Sacerdote.

Y únicamente una vez al año.

Todo ello enseñaba una verdad inmensa:

Dios habita entre los hombres.

Pero Dios nunca deja de ser Dios.

El velo del Templo: un símbolo inmenso

El velo era uno de los elementos más sagrados del judaísmo.

No era una simple cortina.

Representaba el misterio.

Representaba la gloria inaccesible de Dios.

Representaba la distancia infinita entre el Creador y la criatura.

Por eso, cuando Cristo muere en la Cruz, ocurre uno de los acontecimientos más impresionantes de toda la Escritura.

> *«Y el velo del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo.»*
>
> *(Mateo 27,51)*

Este detalle posee una enorme profundidad.

No significa que desaparezca el misterio.

Significa que Cristo ha abierto el acceso al Padre.

Ahora ya no es necesario el antiguo sacerdocio.

Cristo es el nuevo Templo.

Cristo es el nuevo Sacerdote.

Cristo es el nuevo Sacrificio.

Cristo es el nuevo Camino.

Pero el hecho de que el velo se rasgue no elimina el carácter sagrado del culto.

Lo transforma.

El Nuevo Testamento mantiene el sentido de lo sagrado

A veces se afirma que Jesús eliminó toda diferencia entre lo sagrado y lo profano.

Nada más lejos del Evangelio.

Jesús permite que todos se acerquen.

Pero también purifica el Templo.

Expulsa a los mercaderes.

Llama «casa de mi Padre» al lugar santo.

Incluso los Apóstoles mantienen una enorme reverencia durante la celebración de la fracción del pan.

San Pablo escribe palabras muy serias sobre la Eucaristía.

> *«Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor.»*
>
> *(1 Corintios 11,27)*

Estas palabras muestran que la cercanía con Cristo nunca elimina la necesidad de la reverencia.

Al contrario.

Cuanto más cerca está Dios…

más santo resulta el encuentro.

Las iglesias cristianas heredaron esta pedagogía

Desde los primeros siglos, la arquitectura cristiana desarrolló una organización del espacio inspirada en el Templo, pero iluminada por el misterio de Cristo.

Así aparecieron:

- el atrio;
- la nave;
- el coro;
- el santuario;
- el presbiterio;
- los escalones del altar.

No eran simples soluciones prácticas.

Cada espacio tenía un significado espiritual.

El templo entero representaba el universo.

La nave simbolizaba el mundo peregrino.

El presbiterio representaba el cielo.

El altar era Cristo mismo.

Por eso el sacerdote ascendía físicamente mediante escalones.

No porque fuera superior a los fieles.

Sino porque actuaba sacramentalmente en nombre de Cristo Cabeza.

¿Qué representa realmente el presbiterio?

El presbiterio no es un escenario.

No es una plataforma para que todos puedan ser vistos.

Es el espacio reservado para la acción sacramental.

Su misma elevación enseña que la liturgia es un ascenso hacia Dios.

El libro del Apocalipsis presenta constantemente la liturgia celestial como una realidad elevada.

El altar terrestre participa de esa liturgia eterna.

Cuando la Iglesia celebra la Misa no crea un acto religioso cualquiera.

Participa realmente del culto eterno del cielo.

Por eso el presbiterio representa esa dimensión celestial.

La balaustrada: mucho más que una barandilla

Probablemente ningún elemento ha sido peor comprendido que la balaustrada.

Muchos la interpretan como una barrera para impedir acercarse al altar.

Pero históricamente ocurrió justo lo contrario.

La balaustrada era precisamente el lugar donde el pueblo acudía a recibir la Sagrada Comunión.

Era un punto de encuentro.

No de separación.

Era el equivalente cristiano al umbral de una casa.

No impedía entrar.

Indicaba que se estaba atravesando un espacio sagrado.

Allí el fiel se arrodillaba.

Esperaba.

Adoraba.

Y recibía al Rey del universo.

La balaustrada enseñaba silenciosamente que la Comunión no era algo ordinario.

Era un don inmenso.

Arrodillarse: la postura de quienes reconocen la grandeza de Dios

La balaustrada tenía además otra función.

Facilitaba recibir la Comunión de rodillas.

La rodilla doblada ha sido siempre uno de los mayores signos bíblicos de adoración.

San Pablo afirma:

> *«Al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos.»*
>
> *(Filipenses 2,10)*

La postura del cuerpo educa el alma.

No porque Dios necesite nuestros gestos.

Sino porque nosotros necesitamos expresar corporalmente lo que creemos.

La liturgia siempre ha entendido que el cuerpo también reza.

El lenguaje del espacio sagrado

Toda iglesia tradicional estaba llena de límites simbólicos.

Escalones.

Canceles.

Velos.

Lámparas.

Rejas.

Puertas.

Todos estos elementos repetían una misma enseñanza.

Entrar en una iglesia es abandonar poco a poco el mundo ordinario para entrar en el Reino de Dios.

El hombre moderno apenas distingue espacios.

Todo parece equivalente.

La Iglesia, sin embargo, recuerda que no todo lugar tiene el mismo significado.

No todo espacio comunica el mismo mensaje.

La arquitectura evangeliza.

La pérdida del sentido del misterio

Durante las últimas décadas muchas iglesias eliminaron balaustradas, comulgatorios y otros elementos arquitectónicos buscando favorecer una mayor participación visual y espacial de los fieles. En numerosos casos, esta transformación respondió a opciones pastorales concretas o a reformas de templos, no a una exigencia doctrinal universal.

Sin embargo, muchos pastores, teólogos y fieles han señalado que, allí donde desaparecieron también los gestos de reverencia y la catequesis sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía, se produjo con frecuencia un debilitamiento del sentido del misterio. La desaparición de un signo visible puede hacer más difícil comprender la realidad invisible que ese signo ayudaba a expresar.

La liturgia siempre ha sido un lenguaje de signos. Cuando los signos se reducen, la formación de la fe necesita un esfuerzo catequético aún mayor para transmitir las mismas verdades.

No se trata simplemente de una cuestión estética o de nostalgia por el pasado. Se trata de recordar que la belleza, la proporción y la delimitación de los espacios pueden ser instrumentos pedagógicos que orientan el corazón hacia Dios.

El velo cristiano: ocultar para revelar

La paradoja del cristianismo consiste en que Dios muchas veces se revela ocultándose.

Cristo nace en un establo.

La divinidad permanece velada por la humanidad.

La Eucaristía es Pan.

Pero ese Pan es Dios.

La humildad del signo no disminuye la grandeza del misterio.

Al contrario.

La protege.

Los antiguos velos litúrgicos enseñaban precisamente esta pedagogía.

Lo que se oculta no pierde valor.

Lo adquiere.

Porque invita a contemplar.

Arquitectura que evangeliza

Las iglesias nunca fueron auditorios.

Nunca fueron simples lugares de reunión.

Cada elemento estaba pensado para conducir al alma hacia Dios.

La altura de las bóvedas elevaba la mirada.

La orientación hacia el este recordaba la espera del Señor que viene.

Las vidrieras filtraban la luz como imagen de la gracia.

El incienso hacía visible la oración que asciende al cielo.

La balaustrada marcaba el umbral del misterio.

El presbiterio evocaba la Jerusalén celestial.

La arquitectura hablaba incluso cuando nadie predicaba.

Era un auténtico catecismo de piedra.

Aplicaciones pastorales para el cristiano de hoy

Aunque muchas iglesias ya no conserven balaustradas, velos o determinados elementos tradicionales, el mensaje que transmitían sigue siendo plenamente actual.

Podemos vivir esa pedagogía del misterio de diversas maneras:

- Entrar al templo con recogimiento y hacer una genuflexión consciente ante el Sagrario.
- Guardar silencio antes y después de la Santa Misa para favorecer la oración.
- Cuidar la forma de vestir como expresión de respeto al lugar santo.
- Prepararse mediante la confesión frecuente cuando sea necesario para recibir dignamente la Eucaristía.
- Redescubrir el valor de la adoración eucarística como prolongación del sacrificio de la Misa.
- Enseñar a los niños que cada gesto litúrgico tiene un significado, ayudándoles a descubrir que el templo no es un espacio cualquiera, sino la casa de Dios.

Estas prácticas no pretenden crear distancias entre Dios y el hombre, sino disponer el corazón para un encuentro más consciente con Aquel que permanece realmente presente en el Sacramento del altar.

Separar para unir

Existe una paradoja profundamente cristiana.

Dios establece límites precisamente para acercarnos a Él.

El presbiterio existe para conducirnos al altar.

La balaustrada existía para acercarnos a la Comunión.

El velo preparaba la llegada de Cristo.

Toda separación sagrada tiene como finalidad la comunión.

El hombre necesita atravesar un camino.

Necesita comprender que el encuentro con Dios transforma.

No se entra en el misterio de cualquier manera.

Se entra con fe.

Con humildad.

Con conversión.

Con adoración.

Conclusión: recuperar el sentido del umbral

Vivimos en una cultura que tiende a borrar todas las fronteras: entre lo público y lo privado, entre lo verdadero y lo falso, entre lo sagrado y lo cotidiano. En este contexto, las antiguas formas arquitectónicas de la Iglesia nos recuerdan una verdad que sigue siendo profundamente actual: Dios no es un objeto más de nuestra vida, sino el Señor del cielo y de la tierra.

El velo, la balaustrada y el presbiterio no fueron concebidos para levantar muros entre Dios y su pueblo, sino para educar la mirada de los fieles. Señalaban un umbral que invitaba a entrar con respeto, fe y asombro en el misterio de la presencia divina. La liturgia no nos aleja de Dios; nos introduce, paso a paso, en la comunión con Él.

Cuando la Iglesia cuida sus signos, sus espacios y sus gestos, no está aferrándose a un pasado arqueológico, sino transmitiendo una sabiduría espiritual acumulada durante siglos. Cada escalón hacia el altar, cada inclinación, cada silencio y cada gesto de adoración proclaman una misma verdad: el cielo ha tocado la tierra en Jesucristo, y en cada Santa Misa somos invitados a participar anticipadamente de la liturgia eterna.

Redescubrir el sentido de estos «umbrales sagrados» puede ayudar al cristiano de hoy a recuperar el asombro ante la Eucaristía, a vivir con mayor profundidad la celebración litúrgica y a comprender que el misterio no es un obstáculo para la fe, sino el espacio donde Dios se revela y transforma el corazón humano. Allí donde el mundo ve una barrera, la tradición cristiana descubre una puerta abierta hacia el encuentro con el Dios vivo, que sigue llamando a su pueblo: «Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos de alabanza» (cf. Salmo 100,4).